

Oportunidades que abren buenos caminos



Roberto Ramos Remolina fue el ganador de la primera edición del Premio al Productor de Pequeña Escala con Mejor Productividad, de la Zona Central

Cuando Roberto Ramos Remolina cambió su finca, con un amigo que conocía hace algún tiempo, por algunas hectáreas de cultivo de palma de aceite, no pensó que transformaría su vida, “me dijo que él no era del campo sino comerciante y que no sabía qué hacer con el cultivo, entonces acepté sin tener mayor conocimiento de la palma”. Esta plantación tenía tres años y se estaba perdiendo, “había mucho rastrojo, pero yo lo limpié, aboné la tierra y fumigué. Aprendí a trabajar la palma mirando y ensayando, le tuve el cuidado que se le da a cualquier planta, pues yo había sido cultivador de plátano y de maíz. Además, como mi papá, José Joaquín Ramos Carreño, había laborado con la palma de aceite en Puerto Wilches durante un año, tenía claro lo importante que era sacarle el agua al terreno,

haciendo chambas para encaminarla, porque él decía que una palma con mucha agua no producía”.

Roberto Ramos fue el ganador de la Zona Central de la primera edición del Premio al Productor de Pequeña Escala con Mejor Productividad, entregado por Cenipalma en 2019, durante la XVI Reunión Nacional de Palma de Aceite. Este productor integrado al Núcleo Palmero Palmicultores del Norte S. A. S., nacido en San Vicente de Chucurí (Santander), después de 14 años pasó de tener 21 hectáreas de cultivo de palma a contar ahora con 31 hectáreas, con una productividad de 6 toneladas de aceite por hectárea en 2018, una de las razones por las que obtuvo el premio.

Cuando empezó a trabajar en su negocio, fue entre su compañera de vida, Rosalba Marín Salazar, y él que lograron sacarlo adelante, “el cultivo ya existía, pero nosotros lo arreglamos. Mi esposa me ayudaba a abonar, a cargar el corozo, a guadañar y a fumigar. En ese tiempo no teníamos plata ni trabajadores, entonces todo lo hacíamos nosotros dos”.

Para Roberto y su familia, el cultivo de palma le ha traído muchas bendiciones, “ha cambiado mi vida económica, hay trabajo para uno y para el obrero, ahora tengo tres, y esto ayuda mucho a su progreso también. Cuando conseguí la finca, me traje a mi papá, él duró dos años conmigo y después de que el cultivo empezó a producir hice un préstamo y le compré un terreno, entonces, junto con mi hermano nos metimos en un proyecto de palma. Ahora ellos viven de eso, ya llevan 11 años”, cuenta. Su familia ha sido desplazada dos veces por la violencia, pero hoy, eso es cosa del pasado. Ahora Roberto y Rosalba pasan sus días con la tranquilidad que les genera el cultivo y el amor por la tierra. Junto con su hija, Luz Mary, disfrutaban el primer año de su nieta. Su encuentro con la palma hace 14 años, y el haberla hecho progresar se lo adjudica a la “misericordia de Dios”, y agradece todos los días haber intercambiado su granja por una oportunidad de vida que ahora quiere aprovechar.